

la superstición y su mas fecundo semillero.

En Fenicia se convirtió en iglesia el famoso templo de Heliópolis dedicado al sol, y lo mismo se hizo con los templos de Damasco. En Apamea fué San Marcelo el primer obispo que osó proceder á la observancia de las leyes religiosas de Teodosio. Habiendo llevado tropas el prefecto de Oriente para contener á los idólatras, se empezó desde luego á derribar el templo de Júpiter, que si era de una grandeza y riqueza asombrosa, todavía era de mas solidez, pues estaba edificado con piedras enormes, de una dureza extraordinaria, casi inmóviles por su propio peso, y sobre esto unidas con hierro y plomo, de modo que la demolición parecia imposible al prefecto, á lo menos en el término señalado. San Marcelo, al verle desanimado, le aconsejó que fuese á ejecutar las órdenes del emperador en otras ciudades, y se puso en oración. Presentóse un hombre al dia siguiente por la mañana, que prometió con tanta seguridad demoler á poca costa este soberbio baluarte de la idolatría, que se le dejó obrar. Edificado el templo sobre una altura, estaba rodeado de cuatro galerías que parecían otros tantos baluartes impenetrables, y cuyas columnas ó apoyos tenia cada una diez y seis codos de circunferencia. El empresario socabó estas columnas tan altas como el templo y las apuntaló con gruesas piezas de madera á las cuales queria poner fuego; pero se apareció un fantasma horrible que creyó ser un demonio é impidió quemarlas. Despues de muchas vanas tentativas, que á pesar de su consternación emprendió, mandó avisar al obispo San Marcelo. Corrió este á la iglesia, hizo llevar agua en un vaso, y oró al Señor para que impidiese que las potestades de las tinieblas retuviesen por mas tiempo á los infieles en su ceguedad. Despues hizo la señal de la cruz sobre el agua y mandó á un diácono que rociase los ma-

deros con ella y les pusiese inmediatamente fuego. «El demonio huyó», dice Teodoro (1) que nos cuenta circunstanciadamente este suceso, y no pudo resistir á la virtud del agua bendita, cuya antigüedad vemos aqui. «Ella sirvió, añade, como de aceite para encender el fuego que consumió en un momento las piezas de madera.» Las columnas arrastraron el templo en su caída con un estrépito que se oyó en toda la ciudad, donde al mismo tiempo resonaron tambien las alabanzas del verdadero Dios. El animoso pastor fué arruinando sucesivamente todos los demas templos que habia en el campo y en la ciudad; pero al fin murió víctima del furor de una tropa de idólatras, y la Iglesia venera su memoria. Como sus hijos pedian venganza, el Concilio de la provincia se opuso á ello, no teniendo por oportuno ensangrentarse sino mas bien dar gracias á Dios por un suceso que proporcionaba un distinguido mártir á la Iglesia.

En tanto que se arruinaba así el imperio del demonio hasta en los confines del Oriente, Graciano en Occidente no llenaba con menos celo los deberes de un príncipe cristiano; pero estas grandes obras de piedad y edificación viéronse muy pronto interrumpidas por los disturbios y horrores de la guerra civil. Máximo, natural de España y de una familia muy mediana, aunque decia ser pariente de Teodosio, osó tomar la púrpura en las Islas Británicas, cuyo mando tenia. Quejábanse los soldados romanos de que Graciano daba toda su confianza á los bárbaros empleados en sus ejércitos, y el intrigante Máximo se aprovechó de su descontento. Así que le proclamaron emperador se arrojó sobre las Galias, sublevó á los pueblos contra el emperador legítimo, sobornó sus mismas tropas, y despues le derrotó fácil-

(1) Theodor. *hist. lib. 5, cap. 24.*

mente cerca de Paris. La derrota ó la desercion fué tal, que solo quedaron trescientos hombres al infeliz Graciano, el cual tomó con ellos el camino de los Alpes con el intento de ir á restablecerse en Italia. En su fuga se encomendó á las oraciones de San Ambrosio (1), cuyas virtudes sabia apreciar; y daba las muestras mas eficaces de una fé y de una virtud heróicas. «Nuestra suerte, decia inspirando su confianza á los pocos que le habian quedado fieles, está solo en manos del Eterno. Los hombres pueden quitar la vida del cuerpo; pero no podrán perjudicar al alma ni á la salvación.»

Así acabó de purificar la gracia las virtudes de este príncipe en el crisol de las tribulaciones. Alcanzóle en Lyon Andrágato, uno de los oficiales de Máximo, y le juró sobre los Evangelios que no le haria mal ninguno, y aun le hizo vestir de nuevo la púrpura imperial que habia dejado en el camino por temor de ser conocido: dispusieronle un espléndido banquete y en él le asesinaron, en el mes de julio ó de agosto del año 383, los mismos que acababan de comer con él. No se le reprende mas que de su pasión á la caza con la disipación que esta trae consigo, y una deferencia á sus ministros que llegaba á ser temor, y que los hacia viciosos, haciéndolos despóticos; pero San Ambrosio cree que en satisfacción de estas culpas de descuido ó inadvertencia, la divina Justicia aceptó la prematura muerte que este príncipe, por otra parte tan religioso, padeció como héroe cristiano. En algun modo el santo Doctor le canoniza, y no duda aplicarle el oráculo del libro de la Sabiduría: «el justo ha sido arrebatado para que la malicia no pervierta su alma.»

Despues del asesinato de Graciano, apoderóse Máximo de todos los Estados de este emperador, á saber, de las Galias, de la

(1) Ambros. *de obitu Valentini. tom. 2, pag. 79.*

España, y de las islas Británicas; y fijó su residencia en Tréveris, capital de las Galias romanas. Quitó la vida á algunas personas que eran de mucha consideración en el reinado anterior; entre las cuales se cuenta á Macedonio, maestro de los oficios, que se habia dejado sobornar por los priscilianistas, y cuyo malhadado fin vino á cumplir prodigiosamente la predicción del santo arzobispo de Milan. Yendo un dia el piadoso pastor á pedir una gracia cuya concesión dependia de Macedonio, encontró todas las puertas cerradas sin conseguir que se las abriesen. El Santo se indignó, y penetrado súbitamente de una inspiración divina, exclamó: «tambien vos vendreis á tocar á las puertas de la gracia y de la paz, y no podreis entrar (1).» Efectivamente, despues de morir Graciano, quiso refugiarse este ministro en un templo cuyas puertas estaban abiertas; y sin embargo, no llegó á tiempo de entrar.

Murió el Papa San Dámaso á fines del año siguiente á esta revolución, el dia 10 ú 11 de diciembre de 384, despues de un pontificado de mas de diez y ocho años, y ochenta de vida. Fué uno de los mas bellos ingenios y mejor cultivados de su tiempo. Dejó algunas obras en prosa y verso, entre otras su epitafio y el de su hermana la virgen Irene, junto á la cual quiso ser sepultado (a). A los ocho ó diez dias despues

(1) Paul. *in vit. S. Ambr. cap. 37.*

(a) Este santo Pontífice honró su Silla y nuestra España no menos con sus virtudes, especialmente con su inalterable paciencia, que con sus escritos. De estos aparece que fué uno de los hombres mas cultos y eruditos de su tiempo. Nacido en España el año 304 y consagrado, según Pagi, el 1.º de octubre del año 366, gobernó la Iglesia con sumo celo y prudencia hasta el 10 de diciembre de 384, teniendo que sufrir mucho por la intrusión del Anti-papa Ursino, hasta llorar la desgracia de ver que sus fieles por sostenerle llegaron varias veces á las manos con los autores de su antagonista. Restablecida la paz en Roma con el destierro de Ursino, no logró San Dámaso la de su persona, pues tuvo que sufrir de los cismáticos mil calumnias con que atacaron su reputación; mas se justificó y conservó su Silla pacíficamente hasta su muerte. No

de su muerte fué elegido para sucederle Siricio, romano de nacimiento, y presbítero del título del Pastor. Al jóven emperador Valentiniano, que residia en Milan, le fué grata esta eleccion, y espidió un edicto, en el cual se decía que Ursino, que aun no habia renunciado á sus pretensiones, era rechazado por el pueblo, y Siricio unánimemente elegido. Himerio, obispo de Tarragona, metropolitano de una parte considerable de España, habia consultado á la Iglesia romana sobre diversos puntos de disciplina antes de la elevacion de Siricio. Uno de los primeros cuidados del nuevo Pontífice fué contestar á esta consulta; y su Epístola es la primera de las mas auténticas en este género, llamadas comunmente decretales, porque tienen fuerza de decreto legítimo ó ley canónica (1). Esta no tiene otra ventaja particular que la de su antigüedad, y solo hay en ella reglamentos consignados en los Concilios y en otros monumentos de la misma fecha, á no ser porque habla de la edad de las personas admitidas á recibir las órdenes sagradas, y de los intersticios de estas mismas órdenes señalados aquí mas distintamente que en ninguna otra ordenanza eclesiástica de esta antigüedad. Requiere Siricio treinta años de edad para recibir el subdiaconado, que despues transcurran cinco en el diaconado antes de recibir el sacerdocio, y dos en este antes del episcopado. Respecto al intervalo entre el subdiaconado y el diaconado, establece, sin especificar tiempo fijo, que el subdiacono puede ascender al orden de diacono, si se le juzga digno, despues de haber prometido continencia.

Por las relaciones del arzobispo de Tar-

se sabe con certeza el lugar de su nacimiento; algunos creen nació en Madrid, y hasta añaden que en la parroquia del Salvador; pero si la falta de documentos no permite asegurar esto con toda certeza, ello es indudable que fué español. (N. del E.)

(1) Tom. 2 Concil. pág. 1017.

ragona con el Sumo Pontífice, se vé que se habia introducido una relajacion vergonzosa en las costumbres del clero de España, y que algunos eclesiásticos seguian despues de su ordenacion viviendo con sus mugeres como antes, de modo que Siricio se vió obligado á poner entredicho contra los que se obstinasen en este abuso denigrativo. Los monges y las religiosas que hubiesen contraido matrimonios sacrílegos son condenados á ser escluidos de su comunidad, encerrados en cárceles para llorar allí su pecado, y no recibir la comunión sino en la hora de la muerte. De aquí aparece que ya habia á la sazón en España diversas comunidades religiosas, y que el matrimonio estaba prohibido á los religiosos por las potestades civiles y eclesiásticas.

Se notan tambien algunos otros puntos en que la disciplina principiaba á acercarse á los usos modernos. Si, por ejemplo, se prohibe administrar el bautismo fuera del tiempo de Pascua, se manda tambien no solo seguir confiriéndole á los adultos que estuviesen en peligro de muerte, sino que ademas se administre sin dilacion á los niños para quienes se pida. Tambien prohibe rebautizar á los arrianos convertidos. Hallamos igualmente en este decreto el testimonio importante de Siricio sobre la anulacion ó casacion (son los términos originales) del Concilio de Rimini por el Papa Liberio. Respecto á la eleccion de los clérigos, el Papa no reprueba que los legos se ofrezcan por sí á entrar en la clericatura, con tal que se sometan á pruebas oportunas y que adquieran las disposiciones prescritas; mas como no es permitido imponer la penitencia pública á los clérigos, tampoco lo es admitir al orden clerical á las personas que hubiesen hecho esta penitencia, aunque hubieren sido absueltas y reconciliadas. El Sumo Pontífice dice á Himerio al fin de su Epístola: ved aquí la respuesta á todas las

cuestiones que proponéis á la Sede Apostólica, como á la cabeza del cuerpo de que vos sois miembro. Al este metropolitano le encargó despues que comunique estas decisiones, no solo á su provincia de Tarragona, sino tambien á las de Cartagena, Bética, Lusitania y Galicia; es decir, á toda la España y á las provincias vecinas, lo cual se entiende de la Galia Narbonense.

Poco tiempo vivió en Roma San Gerónimo en este nuevo pontificado. Habia muerto su protector, y su crédito habia escitado la envidia, aunque nunca usó de él sino para continuar los progresos de la virtud; mas el ardor mismo de su celo era lo que menos le perdonaban. Este doctor, enemigo de todo desorden, incapaz de respetos humanos, y de un carácter firme, censuraba los vicios con una vehemencia que le granjeó muchos enemigos. Durante su última residencia en Roma, habia compuesto un pequeño tratado sobre la manera de guardar la virginidad, dirigido á la virgen Eustoquio, hija de Santa Paula, para preservarla contra los riesgos que podia temer aun en el trato de los eclesiásticos. Los hay, decía este Padre, tan versado en el conocimiento del mundo como en las ciencias; los hay que pretenden las órdenes sagradas para tener mas libre entrada con las personas del otro sexo. Asi todos sus cuidados se limitan á su exterior; gustan de un calzado muy delicado y elegante; cuando se acercan, lo anuncia el suave olor de los perfumes; vereis sus cabellos dispuestos con afectacion; las piedras mas preciosas brillan en sus dedos, andan sobre las puntas de los pies, y temen imprimir sus huellas en el polvo de que son formados; en una palabra, mas bien que clérigos os parecerán jóvenes desposados. Y hablando de otra pasion, que no es menos escandalosa en unos hombres que tomaron al Señor por herencia, añade: hay otros que ponen

todo su estudio en saber el nombre y casa de las mugeres distinguidas; y en conocer y halagar sus inclinaciones. Estos tales procuran sobre todo obsequiar á las señoras ancianas y sin hijos, las acompañan á todas partes, apenas las dejan solas en las horas de descanso, las sirven en los oficios mas bajos, y viven en la mas vil dependencia de las que ellos debian gobernar.

Esta libertad del santo doctor ofendió á una multitud de clérigos, aplicando cada uno á sí mismo lo que reprendia en general. No hubo astucia que no inventaran para vengarse, primero ridiculizándole y reprendiendo hasta su aspecto y sus modales, su mirar, su reir y su andar: despues intentaron hacer sospechosa su fé y su virtud, precisamente á causa de su exterior simple, desaliñado, y tan opuesto á la vanidad que criticaba. Le acusaron ya de tener mucha familiaridad con las señoras romanas, ya de tomar demasiado imperio sobre el espíritu de las jóvenes, que segun ellos se esplicaban las hacia víctimas de su humor triste, formándolas en una devocion y erudicion llenas de peligros. Mas el Santo tomó el partido de ceder á la tempestad, dejó á Roma y volvió á Palestina.

Siguióle poco despues Santa Paula, llevando consigo á su hija Eustoquio. La devocion de aquel tiempo era visitar las santas moradas de los solitarios, y las tierras consagradas por la sangre adorable del Redentor, ó por la de los mártires. Principió Paula en las costas mismas de Italia á visitar la celdilla de Santa Domitila, en la isla de Ponce, adonde esta princesa de sangre Real habia sido confinada por la fé en el imperio de Domiciano. Desde allí pasó hasta Chipre en la diócesis de San Epifanio, á quien habia acogido de un modo tan singular en Roma, y el cual se esforzó á que descansase en Salamina de las fatigas de la navegacion; mas su fervor infatigable la dictó

emplear todo el tiempo que se detuvo en la isla en recorrer un número considerable de piadosas soledades establecidas allí desde el tiempo de San Hilarion. Tributóla en Antioquia el patriarca Paulino todos los homenajes debidos á una de las mas distinguidas familias de Roma, cuyo esplendor acababa de ver por sí mismo; pero la Santa se detuvo allí poco, y aun partió en lo mas crudo del invierno; y por un espíritu de mortificacion y de humildad no quiso mas cabalgadura que un asno. San Gerónimo nos ha conservado el diario de este viage, muy interesante por los vestigios de la antigüedad sagrada que entonces se veian en Palestina.

Paula atravesó la Siria, y quiso entrar en Sarepta, cerca de Sidon, en la pequeña torre donde se habia hospedado el Profeta Elias. Visitó en Cesarea la casa del centurion Cornelio convertida en iglesia; la del diácono San Felipe, y las habitaciones de las vírgenes sus hijas. El gobernador de Palestina, para honrar en la Santa á la nobleza romana, envió oficiales que le preparasen un palacio, cuando se aproximaba á Jerusalem; pero ella prefirió una celdilla humilde. Recorrió las santas estaciones con una fé tan viva como si tuviera presente al Hijo de Dios en los monumentos antiguos de su caridad para con los hombres. Despues de repartir inmensas limosnas en la capital de la Judea, tomó el camino de Belen, y al paso vió el sepulcro de Raquel que aun existia. Examinó en Betfage con mucha ternura el sepulcro de Lázaro y la casa de sus hermanas. Oró en Sichar en la iglesia edificada sobre el pozo de Jacob, donde el Salvador habia convertido á la Samaritana; y despues consideró uno por uno los sepulcros de los doce Patriarcas, los de Josué y del Sumo Sacerdote Eleázaro sobre el monte Efrain, y en Sebaste ó Samaria el del Profeta Eliseo y el de Abdías; pero sobre

todo el de San Juan Bautista, famoso por una multitud de milagros, los que acreditaba especialmente la infinidad de energúmenos que de continuo iban allá y obtenian todos su curacion.

Tambien Paula, imitando á Melania, pasó á Egipto donde halló en Nitria tantos motivos de edificacion que se hubiera quedado allí con su fiel Eustoquio y otras muchas vírgenes que no la dejaban un punto, si la devocion de los Santos Lugares no hubiera sido mas poderosa. A su vuelta fijóse en Palestina cerca de Belen, y fundó allí monasterios con casas de hospitalidad. Allí fué donde pasó el resto de sus dias bajo la direccion de San Gerónimo, que terminó tambien allí su gloriosa carrera, sin desdeñarse de emplear en alivio de los enfermos y de los pobres sus horas de descanso y todos los momentos que podia hurtar á aquellas grandes obras que le colocan entre los Padres mas beneméritos de la Iglesia. A pesar de sus trabajos y de sus increíbles austeridades halló en la soledad la paz y felicidad que como tantos otros no habia podido tener en el mundo.

Reducido San Ambrosio por su estado al lugar en que estaba la córte, padeció mucho del jóven Valentiniano, ó mas bien de su madre Justina, arriana obstinada, princesa imperiosa, inquieta y osada. Debía mucho ciertamente á su digno pastor, que á ruegos suyos habia tenido la generosidad de encargarse de la mas arriesgada embajada á Máximo, poco despues de la rebelion de este y de sus primeros triunfos. Habia obtenido la paz tan ansiada, impedido al tirano invadir la Italia, y proporcionado al jóven Valentiniano y á Justina el tiempo necesario para atender á su seguridad comun; pero cesó el riesgo y se borró la memoria del servicio. Por el contrario, la emperatriz se acordaba de la injuria que pretendia haber recibido en las personas de sus obispos

hereges Secundiano y Paladio, condenados en el Concilio de Aquileya, en el cual el santo arzobispo de Milan habia sido uno de los primeros.

Principió Justina la desavenencia pidiéndole una iglesia, en que los arrianos, que de todas partes atraía ella cerca de su persona, pudiesen tener sus asambleas. Como eran tan mal acogidos de Teodosio acudian de todas las provincias á la córte de Italia, donde el partido tenia aún un obispo scita, llamado Mercuriano; pero este falso pastor, desacreditado mucho con este nombre á causa de sus crímenes, queria que se le llamase Ausencio, nombre muy grato á los arrianos desde que le habia tenido el antecesor de Ambrosio. Necesitaba, pues, de una iglesia para ejercer en ella sus funciones, y así intimaron al Santo que cediese una y que impidiera la conmocion del pueblo. Contestó que era accion indigna de un obispo entregar la casa de Dios, y que respectó á la multitud irritada de los ciudadanos ortodoxos, dependia de él no ácalorarla y aun exhortar á la paz y al sufrimiento, pero que el resultado estaba en las manos de Dios que dispone de los corazones. A vista de esta respuesta, la emperatriz envió tropas para que se apoderasen del lugar santo; pero el pueblo se opuso, y á no ser por la prudencia del santo arzobispo, se hubiera vertido mucha sangre. La córte impuso gruesas multas al cuerpo de mercaderes, como gefes del resto de los vecinos. Prendióse á muchos á pesar de estarse entonces celebrando la Semana Santa, en la que lejos de prender se solia poner en libertad á los presos. Exigiéronseles en tres dias trescientos marcos de oro, pero protestaron que darian voluntariamente un doble, á trueque de conservar íntegro el depósito preciosísimo de la fé.

El pueblo entretanto guardaba la iglesia, la cual estaba investida de soldados

como una plaza sitiada; pero pronto aquellos guerreros religiosos declararon al emperador con la franqueza propia de su estado, que estaban prontos á obedecerle en todo lo que no se opusiese á la ley de Dios; y que si, por el contrario, queria armar la heregia contra su santo obispo Ambrosio, se pondrian de parte de este para tener con él la gloria de padecer por tan buena causa. Eran todos católicos como los ciudadanos de Milan, sin que hubiese mas arrianos que los oficiales mas viciosos de palacio, hombres sin carácter, vendidos al favor ó á la fortuna, con algunas personas adúladoras que la emperatriz llevaba consigo á todas partes, y que no osaron entonces mostrarse.

Al principio no conocieron los oficiales militares y sus tropas lo que exigian de ellos; pero luego que se vieron mirados como perseguidores de la fé, entraron en la iglesia, profesaron su creencia con sus obras y se mezclaron entre los fieles católicos. Viendo que aún habia algunas mugeres muy asustadas, «no temais nada, les decian, que estos son hermanos vuestros que vienen á orar con vosotras, y no á turbaros en la profesion de la santa fé que nos es comun.» A vista de este golpe de la gracia, el caritativo obispo, que sostenia la Religion de su pueblo por la virtud de la santa palabra, hizo recaer elocuentemente su discurso acérea de una revolucion tan imprevista. «¿Qué profundos son, esclamó, los divinos oráculos! Traeis á la memoria, hermanos míos, con qué sentimiento leíamos esta mañana aquellas palabras del Salmo: Señor, vinieron las naciones á vuestra heredad? Vinieron godos y otros estrangeros con armas, acometieron al lugar santo; mas vinieron como infieles y se condujeron como cristianos. Vinieron á invadir la heredad santa, y se muestran dignos coherederos de ella. Ya tiene la fé por confesores á los que teniamos por adversarios suyos.»